
**María Auxiliadora Morales: ¡A la memoria de una vida
comprometida con la enseñanza para la vida y
la búsqueda de verdadero significado
de la existencia humana!**

Jesús Alfredo Morales Carrero

Doctor en antropología. Docente de Psicología y Orientación Educativa en la Universidad de Los Andes, Venezuela. lectoescrituraula@gmail.com

A finales del año 1991 e inicios del 1992 y luego de culminar mi educación preescolar, mis padres deciden inscribirme para cursar el primer grado de primaria en una institución cercana a mi lugar de residencia, una escuela básica que llevaba como epónimo “Ananías Avendaño”. Recuerdo con suficiente claridad que en la institución, como se acostumbra en todas las del país, se celebraban todos los lunes los denominados actos cívicos y, ese día, por ser el primero del año, se dedicaba a hacerle una bienvenida no solo a los estudiantes regulares, sino a quienes asistían por primera vez a la institución educativa.

Este primer día, los padres se apersonaban en la institución educativa para conocer al profesor, quien a su vez aprovechaba para ponerlos al día sobre algunas exigencias que se debían cumplir, específicamente las relacionadas con las responsabilidades académicas en las que los padres debían involucrarse; de tal manera que el cumplimiento de las asignaciones lograra ser llevado a feliz término. Iniciando el año escolar, cada docente se ubicaba en el patio de la institución educativa con un listado. Allí, a viva voz, iban nombrando los estudiantes que tenían a su cargo, quienes a su vez se iban organizando en una fila conformada por los de menor estatura hasta los más aventajados en tamaño. Allí conocí por primera vez a la profesora María Auxiliadora Morales, quien se presentaba a la usanza del momento, es decir, formal, con una perfecta dicción, con un tono de voz que no solo demostraba seguridad y firmeza, sino la calidez suficiente para motivar la confianza de sus estudiantes.

Una vez organizados en fila, la profesora trasladaba a sus estudiantes al salón de clases; esta en específico aprovechaba la oportunidad para indicar los accesos (salidas y entradas, ubicación de los baños, de la biblioteca y de la Cruz Roja que funcionaba en la institución), para terminar el recorrido en el salón de clase, espacio que compartiríamos a lo largo de todo el año. Al inicio de cada clase y así durante todo el año, comenzábamos con una breve oración en la que pedíamos por propósitos generales, pero también por algunas necesidades puntuales, caso de enfermedad o situaciones que pudiera estar atravesando alguno de los compañeros. Seguidamente, la profesora copiaba en su pizarrón la ruta a seguir, la cual, por lo general, comenzaba con una lectura sobre un valor. Por ser primer grado y con el ánimo de lograr mayor integración, el salón se organizaba en círculo conformado por pupitres.

En estas primeras horas comenzaba su narración, la cual no se encontraba apoyada por ningún material; parecía una cuentacuentos, con una capacidad única para improvisar, crear y recrear escenarios. En la que medida que se iba desarrollando la narración, captaba la atención con subidas momentáneas del tono de voz, parecía como si estuviera en medio de una escena, cambiaba de voz según los personajes y parecía que, en una suerte de juego de roles, lograba completar de modo muy bien logrado la culminación de su cuento.

Esto no terminaba allí, pues luego o casi de manera inmediata, comenzaba a preguntar aspectos específicos sobre el cuento; pero, curiosamente, siempre dejaba la historia sin consigna, esperando que al final los estudiantes, a través de su participación, lograran acordar qué título debía llevar. Esta dinámica parecía llevarse gran parte del tiempo antes del receso, lapso que transcurría con mucha rapidez. En cada sesión de este tipo aprovechaba la oportunidad para enseñar contenidos y reforzar otros asociados con la comunicación, con las normas del buen hablante y del buen oyente, con la intención de establecer el clima de orden necesario para hacer fluir su actuación.

Si bien es cierto, esta dinámica de clase constituyó una forma de acercar a los estudiantes no solo a la cultura escrita, sino además, una manera estratégica de despertar el interés por la literatura que, si

bien es cierto, no procuraba sensibilizar, sí pretendía cultivar el desarrollo de la creatividad y del pensamiento como procesos cognitivos en función de los cuales potenciar nuevas habilidades de orden superior. Es preciso indicar que durante estas sesiones, la profesora Morales procuraba privilegiar la participación de los estudiantes, así como motivar el diálogo que permitiera en uso constante de la pregunta crear un clima provechoso para construir aprendizajes.

Recuerdo que cada lunes esta actividad se repetía, por lo que sí, por algún momento se olvida hacerla en el bloque de la mañana; uno de los compañeros tomaba la iniciativa de recordarle a la profesora que se debía cumplir con la lectura semanal. Una vez culminado el primer lapso, la dinámica comenzó a tornarse aún más interesante, pues la profesora anunciaba el valor sobre el cual giraría el desarrollo de la historieta de la siguiente semana, y exigía que al menos cinco estudiantes cada semana conversaran sobre los resultados de su indagación personal.

Esta variación en la actividad no solo se convertía en una experiencia significativa que redundaría en el desarrollo de una especial afinidad por la lectura, sino además, por la investigación; procesos que eran desarrollados con suficiente fluidez, pues gran parte de los estudiantes ya manejaban el código escrito; competencia que era aprovechada para motivar en estudiantes menos aventajados la consolidación de su proceso de alfabetización inicial. Si bien, es cierto que esta experiencia significó de manera determinante la formación de lectores competentes, también lo fue la organización de visitas guiadas a la biblioteca de la institución.

Allí, cada estudiante tenía la posibilidad de interactuar con los ejemplares tanto de cuentos como de libros como de contenidos de tipo histórico, de las ciencias naturales, ciudadanía y valores. Esta visita a la biblioteca usualmente se organizaba con la intención de promover la lectura guiada, la cual era aprovechada por la profesora de la siguiente manera: ubicaba a los estudiantes en pareja, por lo general uno que leía de manera competente y otro que se encontraba en proceso, esto con la finalidad de promover experiencias de aprendizaje cooperativo.

Esta lectura guiada se convertía en una oportunidad para motivar la libertad de expresión, el pensamiento crítico y el diálogo significativo. Pues desde la revisión de la consigna hasta la del contenido de cada párrafo era presidida por preguntas que buscaban promover el razonamiento y construcción de respuestas, tanto organizadas como lógicas. Este esfuerzo por acercar a cada estudiante a la cultura escrita surtía efecto, pues en el segundo lapso casi todos los estudiantes lograban no solo decodificar, sino manifestar su opinión sobre las temáticas tratadas.

Este clima favorable de aprendizaje significaba para los estudiantes una oportunidad para comprender en profundidad aspectos no evidentes en los materiales de lectura; lo que representó para la profesora Morales una posibilidad para motivar la participación respetuosa como el aspecto que era aprovechado para favorecer el desarrollo de opiniones sustentadas, no solo en el razonamiento personal, sino en la construcción de ideas lógicas que, organizadas de manera coherente, le aportaran a los estudiantes las habilidades para argumentar y defender sus propias posiciones.

A lo largo del año escolar, la profesora Morales solía promover la discusión permanente sobre situaciones cotidianas, es decir, sobre temáticas controversiales que les permitieran a los estudiantes ver las distintas aristas, componentes o elementos en función de los cuales enriquecer el análisis crítico; este proceder estratégico le hacía ver a la profesora como una de las profesionales con mayor reconocimiento en la institución, cualidad que era valorada por unanimidad por sus colegas, quienes expresaban con profundo afecto y admiración la calidad académica, personal y vocacional de su persona.

Este cúmulo de virtudes dejaba ver a una persona con un profundo sentido de pertenencia hacia el ejercicio de su profesión, que no solo se centraba en transmitir conocimientos, sino por su indiscutible carisma, su profunda sensibilidad y compromiso con la atención a las diversas necesidades de sus estudiantes; a quienes trataba no solo con respeto, sino que los asumía como los depositarios del futuro del país, frase que era repetida cada vez que lo consideraba oportuno para resaltar el potencial contenido en cada uno de sus estudiantes.

Lo referido era motivo para que cada compañero asumiera la responsabilidad de esforzarse en aprender, así como en asistir a cada sesión de clase; en la que se apreciaba no solo el entusiasmo generalizado del alumnado, sino su disposición para integrarse en las discusiones, en el diálogo y la comunicación respetuosa; condiciones que hacían de la clase un momento para interactuar en un clima de confianza, en el que la corrección se aprovechaba para reconducir, ajustar y hacerle entender a su destinatario lo que debía mejorar.

Uno de los eventos más significativos de sus clases, específicamente en el área de biología, era el sentido práctico con el que se enseñaba; usualmente, la experimentación y el aprendizaje por descubrimiento eran asumidos como posibilidades para que cada estudiante explorara sus preferencias vocacionales, así como su afinidad con la ciencia y la investigación. Este proceder comprometido con el autococonocimiento se precisaba como una preocupación constante en torno a la cual la profesora Morales insistía, de allí que integrara en las clases el preguntar y repreguntar sobre cómo nos veíamos en el futuro, por lo que instaba a los estudiantes a escribir el proyecto de vida personal que permitiera determinar las inclinaciones académicas y la afinidad hacia determinadas materias más que a otras, logrando de este modo fortalecer tanto el ser como el hacer.